

DE ÍDOLOS DE MASAS A CURRELAS

Exdeportistas de élite sin fortuna se ganan la vida en oficios comunes **VD2**

Santi Idígoras, exfutbolista.



MARCHA SILENCIOSA A TODO VOLUMEN

Cien mil personas apoyan en Bilbao a los presos de ETA entre gritos de «amnistía» **P38**

AT. MADRID O BARCELONA 0

LA PRIMERA VUELTA DEJA DOS LÍDERES **P54**



La factura final del Milenio

El que iba a ser un gran acontecimiento se cierra sin legado ni actividades de gran impacto

13,4

millones de euros en tres años es el dinero invertido en actividades relacionadas con el Milenio

80

acciones en 36 meses, entre las que destacan exposiciones, partidos de fútbol y baloncesto, patrocinios de equipos y conciertos

1,5

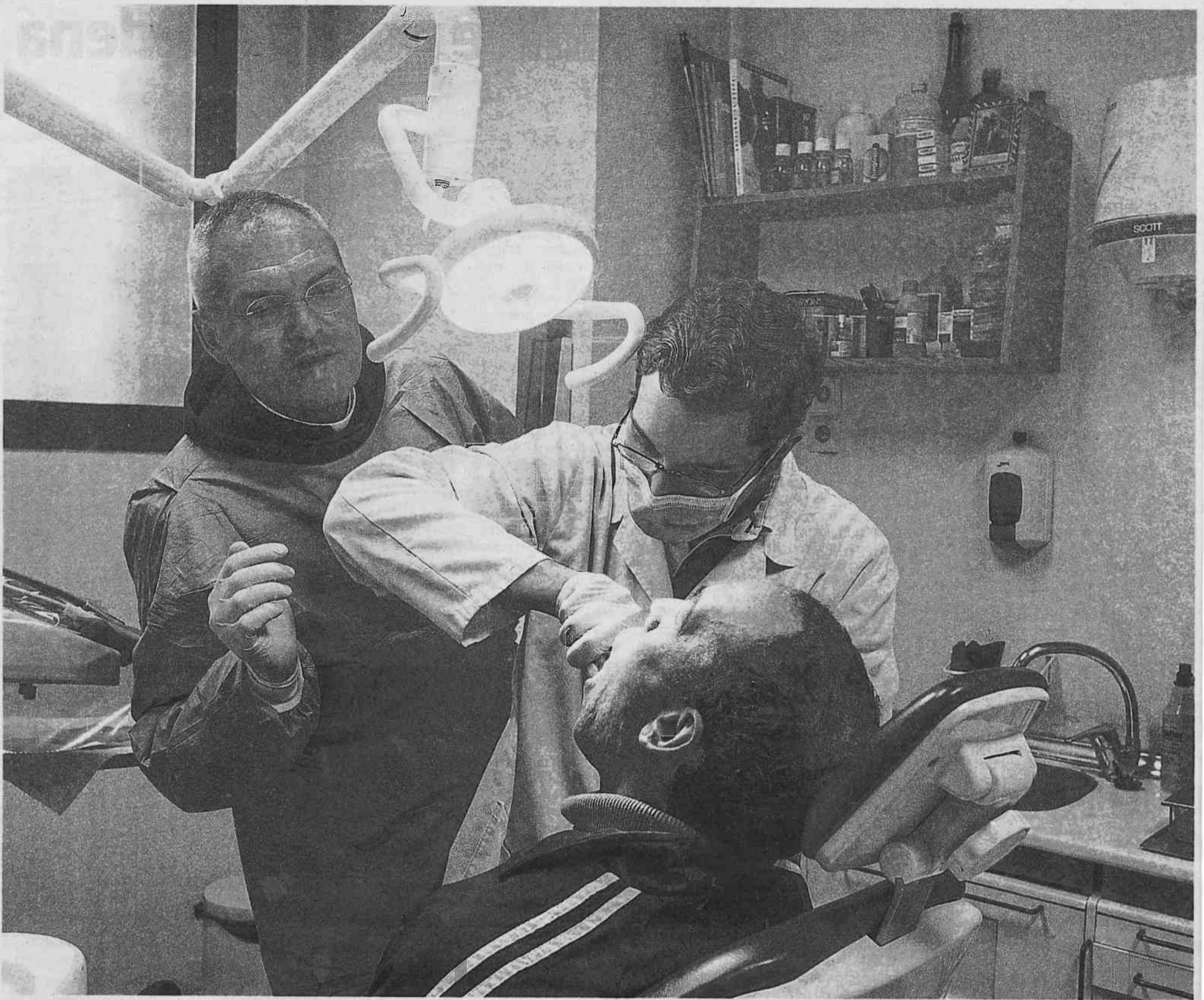
millones fue la inversión del Milenio en el patrocinio por tres años de la Titan Desert, la carrera de bicicletas por el desierto

PÁGINAS 3A9



EL MÉDICO DE LOS SIN TECHO

Un exdirectivo del Insalud pasa consulta diaria gratis a drogadictos y vagabundos en Granada **P12Y13**



El odontólogo Pablo Herrera extrae una raíz a una persona sin hogar mientras es ayudado por el prior de San Juan de Dios, Juan Jesús Hernández. :: REPORTAJE FOTOGRÁFICO: ALFREDO AGUILAR

Los médicos de los vagabundos

A sus 76 años, el doctor Antonio Alonso, exdirectivo del Insalud, pasa consulta gratis a diario a decenas de drogadictos y sin techo en una discreta consulta junto al comedor de San Juan de Dios



ANGELES PEÑALVER

✉ mapenalver@ideal.es
@mapenalver

GRANADA. La realidad es dura. Pacientes que huelen muy mal, la mayoría de ellos sin higiene, que tienen la cabeza ida y se ponen agresivos en cuestión de un segundo, portadores de sida o que sufren enfermedades de transmisión sexual. Así son los enfermos que atiende a diario y de manera altruista el doctor Antonio Alonso Hita, jubilado,

pero con unos 76 años que han quedado en su rostro y en su discurso cualquier atisbo de desesperanza o cansancio. La energía y la bondad arquean continuamente sus blancas cejas mientras narra cómo se siente desempeñando desde hace seis años esta peculiar y generosa tarea. El doctor que ahora ayuda a los vagabundos y los trata con un respeto reverencial –«los sábados y los domingos también si hace falta»– fue en 1979 el primer director provincial del Insalud y durante cuarenta años ejerció la medicina general en Churriana, a pesar de tener dos especialidades, cardiología y medicina interna.

«Voy un día a la semana al Ban-

co de Alimentos y el resto acudo aquí, a San Rafael, a pasar consulta. Es que estaba acostumbrado a moverme antes de la jubilación... Y si te digo, esto me gratifica más que cuando me pagaban por atender a mis pacientes. Antes trabajaba por un sueldo y estaba encantado con aquello y con los vecinos de Churriana. Pero esto me llena más porque es voluntario y esta gente está más necesitada. No tienen otros medios. Te vuelcas más. Vienen sin papeles, sin nada. No les pedimos explicaciones, solo les damos lo que precisan dentro de nuestras posibilidades», narra el entusiasta galeno, rodeado de un equipo de voluntarios como él que forjan la existen-

cia de este hospital de día donde se pasan más de 2.000 consultas generales al año.

El doctor describe sin alterarse que por su modesto despacho desfílan todas las patologías que uno se pueda imaginar. Los ropajes de sus pacientes son modestos, a veces harapientos, pero sus virus y sus bacterias son ostentosos.

«Estas personas llegan en unas condiciones físicas muy malas. Casi todos están un poquito tarados de la cabecilla y tienen enfermedades infectocontagiosas. Curamos sus heridas, auscultamos, hay mucho sida, enfermedades sexuales, se han dado casos de tuberculosis, hepatitis muchas... Aquí no hacemos ana-



El «practicante retirado» Miguel Díaz cuida los pies de una sin techo.



Don Antonio le mira la garganta a Juan, que asiste al comedor social.



Un anciano sin hogar agradece a Pablo y Juan José su consulta dental.

líticas. Por la clínica que presentan vamos abordándolos y si no podemos atenderlos al completo les damos un volante para que vayan a los hospitales convenientes o a Madre Red, si están embarazadas...», explica el filántropo, parapetado detrás de unos guantes y una mascarilla. Las medidas de seguridad que toman son importantes, aunque nadie parece ejercer la tarea con inquietud o desasosiego. Las sonrisas y la amabilidad son moneda de cambio común entre los sanitarios y sus usuarios.

«No creo que me pase nada»

«Don Antonio». Así se dirigen al médico los miembros de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, promotora de esta iniciativa ubicada en los bajos del hospital de San Rafael y justo enfrente del comedor social de la entidad. Don Antonio –pues– cuenta que no tiene miedo, que ya está inmunizado. «Si des-

pués de tantos años no me ha pasado nada, no creo que me pase. Hay que tener un poquillo de precaución solamente», dice quitándole hierro al asunto. Entonces, aprovecha la ocasión para pedir a los ciudadanos que donen medicamentos –incluso las cajas abiertas, pero sin caducar– para que su labor pueda seguir adelante. Lo que más emplean –enumera– son analgésicos, balsámicos, antibióticos y vitaminas.

A pocos centímetros de la consulta general, mientras por el habitáculo desfilan toda suerte de individuos –incluida una sin techo a la que el enfermero Miguel Díaz le corta las endurecidas uñas de los pies–, se ubica el despacho de Odontología, presidido por una mesa de operaciones cedida por La Caixa.

En ese cubículo especializado en los males de la boca, la veteranía deja paso a la juventud y Pablo Herrera, sin quitarse la mascarilla, ha-

bla desde la fortaleza y la bondad que le procuran sus 24 años. Por sus bisoñas manos pasan las encías de drogadictos, inmigrantes desestructurados, prostitutas y esos dementes que a veces vociferan por las calles sin saber muy bien a quién dirigen sus furibundas plegarias. Sus alientos y sus piños son la antítesis del anuncio de Profidén. Pablo cuida de ellos.

La tarea que desempeña este odontólogo de ojos azules ha sido abandonada en reiteradas ocasiones por otros especialistas de la capital que intentaron ser los dentistas de los sin techo, pero no soportaron la crudeza del encargo. «Yo llevo unos tres meses viniendo a diario. Antes había ejercido en una clínica dental, pero esto me pilla cerca de casa y acudo porque incremento mi experiencia y ayudo a la gente. Me siento muy realizado. A veces es muy duro, pero bueno, es parte de la profesión», narra modestamente el especialista, ya acostumbado a extraer piezas dentales y raíces carcomidas por los narcóticos, a realizar pequeños empastes o a aconsejar a sus depauperados pacientes sobre la higiene de sus dientes. Suelen hacerle caso omiso.

«Dadle un calmante»

Cuando el último ‘cliente’ de Pablo, un joven magrebí con cara desafiante, sale por la puerta después de haberle arrancado una raíz dental, el prior de la Orden Hospitalaria en Granada, Juan Jesús Hernández, cae en la cuenta: «Oye, ven». «Dadle un calmante», ordena a los demás sanitarios presentes, que obedecen diligentemente al «páter», como lo llama afectivamente el doctor Alonso Hita.

Juan Jesús Hernández, ese hermano que se cubre los hábitos con una bata de médico y que ha sacado muelas inmundas cuando nadie quería hacerlo, impulsó hace lustros –«llevo unos 22 años haciendo esto»– este hospital para los pobres de solemnidad en pleno centro de Granada. El religioso, titulado en Enfermería y doctor en Nutrigenómica, observa la dinámica del centro, se siente orgulloso de él y se remanga los ropajes en cualquier momento para curar a sus pacientes, darles un afectuoso abrazo o regañarles por no cumplir las normas. Parece como si todos los voluntarios de esta clínica que no mide ni cincuenta metros cuadrados tuvieran el olfato y el egoísmo atrofiados.

El prior es el páter y don Antonio el jefe y ambos dan las gracias a las farmacias del ‘Perpetuo Socorro’, a Cáritas y a otra botica de la Plaza de Toros por proveerlos de fármacos y materiales necesarios.

En las estanterías hay unos cuantos tranquilizantes de manera testimonial. Cuando la cosa se va de madre y ni los médicos, ni las buenas palabras ni las pastillas combaten la ira de algún enfermo, se re-

«Una vez me pinché, no pasa nada, son gajes del oficio»

El prior Juan José Hernández narra que una vez se pinchó sacando una muela a un usuario. «No pasa nada, son gajes del oficio. Cualquiera se pincha», espeta. Era un chico joven de la calle al que el religioso estaba interviniendo cuando el bisturí se dislocó y fue a parar al dedo del sacerdote. «En principio me quedé parado y pensé, ‘la hemos liado’. Cogí otro bisturí, me abrí la herida, me eché lejía... Y le dije al paciente: ‘Por favor, vete a hacer un análisis al centro de enfermedades de transmisión sexual y me cuentas los resultados’».

«Dio la coincidencia de que me lo encontré por la calle y venía de recoger el resultado con los papeles en la mano, agitándolos, y gritando ‘estoy limpio, limpio, limpio...’», narra con una sonrisa Juan José, cuya Orden auspicia unas 31 intervenciones odontológicas cada mes en la consulta de los vagabundos.

quieren los servicios del guardia de seguridad. «Eso pasa a veces, pero son las menos», justifica el galeno.

Acaba el jubilado de atender a Juan, de 46 años, un individuo que parece ido de la cabeza. «Tengo una pensión no contributiva, vivo con un amigo y soy usuario del comedor social». Repite sus palabras una y otra vez sin borrar la sonrisa y la mirada perdida de su rostro.

Condones y jeringuillas

Mientras está la periodista delante, Juan no coge ningún condón ni ninguna jeringuilla de las que reposan en la mesa de entrada de la consulta para que los pacientes prevengan su contagio de ciertos males. Ni siquiera conocen los reporteros si Juan será o no uno de los usuarios de esas medidas asépticas. Pero sorprende positivamente que

LAS FRASES

Antonio Alonso Hita

Médico jubilado

«La gente llega en unas condiciones físicas muy malas. Casi todos están un poquito tarados de la cabecilla»

Juan José Hernández

Enfermero y prior en Granada

«Estamos aquí porque esta obra es espectacular, si no no lo haríamos»

Pablo Herrera

Odontólogo de los vagabundos

«Me siento muy realizado. A veces es muy duro, pero bueno, es parte de la profesión»

en unas dependencias vinculadas a la Iglesia se provea de ese material imprescindible para los vagabundos y adictos. «Mira, mira –señala orgulloso don Antonio los profilácticos y las inyecciones vacías–, qué sentido común y bondad tienen estos religiosos».

Said, anestesiólogo sirio que ejerció en San Rafael hasta su reciente jubilación, es otro de los especialistas que prestan sus servicios para estas personas desestructuradas. «Vengo dos veces en semana y algún sábado. Paso consulta, pongo una anestesia o lo que haga falta. Esto me ayuda mucho espiritualmente», narran el musulmán con una dentición refulgente enmarcada en una plácida sonrisa. «La religión no tiene nada que ver en esto, ayudar a los demás está por encima de todo y es muy importante», zanja el doctor, flanqueado por el «practicante pensionista» Miguel Díaz y por la joven enfermera Maite.

«No me importan los pacientes, sino el ejercicio correcto de la profesión, que me encanta y es vocacional, así que estoy encantada», argumenta la única mujer del equipo cuya presencia entre los más necesitados se ciñe a las mañanas de los martes y los jueves «más algún sabadillo de guardia».

«Somos maestros botadores»

Se despiden don Antonio, el páter y el joven dentista con aire bromista y diciendo que son «maestros botadores», en referencia al botador, ese instrumento que se utiliza en la extracción de las piezas dentales para separar ligeramente la encía y producir la luxación del diente en el alveolo. Mientras ellos le quitan dramatismo al asunto, sus pacientes les dan las gracias y les lanzan miradas como pidiendo perdón por llegar al estado decrepito en el que están. Esas disculpas en lenguaje no verbal son innecesarias. Aquí, en esta consulta, nadie juzga a nadie.

«Damos unos 690 potitos al mes a las familias con hijos pequeños. De vez en cuando viene un pediatra, pero desde que detectamos algunos casos de tuberculosis en adultos preferimos que los niños no vengan aquí. También repartimos, al margen del comedor social, unas 94 unidades de complementos alimenticios a adultos que están malnutridos. Mira, mira las estanterías... Pero hay que seguir llenándolas», espeta el antiguo médico de Churriana, pedigüeño bien amaestrado por los componentes de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, donde ha encontrado la manera de canalizar toda su bondad interior. Este es aquel médico de pueblo que cuando salía con sus amigos –según cuentan los mismos– siempre decía que la copa o la comida se la tomaran en Churriana porque así estaba más cerca de la gente por si surgía algún problema y lo necesitaban.